

ber sido hecha al efecto para servir de escenario al drama desgarrador que allí se representaba.

El señor Villarreal, bañado en lágrimas, y atormentándole el recuerdo de las palabras que él mismo vertiera en presencia de Carlos, poco antes, cuando dijo de Marcelino «será otra víctima»; corrió también hacia él. Ayudando a Carlos, trasladáronle a la recámara inmediata, donde lo depositaron sobre una cama, enviando por un médico violentamente.

La confusión que reinó entonces en la casa fué indescriptible. Por doquiera se escuchaban gemidos y llantos que partían el alma.

El metalizado corazón del señor X., habíase conmovido a tal extremo, que pronto formó parte de aquel triste coro de lamentos en torno del inanimado cuerpo de Marcelino.

Como sucede en estos casos, que un ser amado por la persona que acaba de morir, viene a aumentar con su sola presencia el dolor de los deudos, el señor X. tan pronto como vió penetrar en la casa a Marcelino, había sentido reavivirse su dolor con tal fuerza, que huyó como un extraviado al sótano de la casa para gritar, para dar rienda suelta a su bárbaro dolor que sentía le ahogaba. Pero tan pronto como llegó a sus oídos que Marcelino acababa de perder el conocimiento, corrió a su lado y con voz entrecortada por los sollozos decía:

¡Marcelino! ¡Elvira! ¡Hijos míos!
¡Gran Dios! qué cruelmente has castigado mi egoísmo.....!

Y luego, con voz entera y en tono de profunda convicción decía el atribulado padre:—¡Cuánto la amabas, hijo mío, cuánto la amabas.....!

Entre tanto, algunas señoras habían acudido para impartir algún consuelo al desesperado padre. A la sazón llegaba el médico, a quien a pesar de su costumbre de ser testigo de escenas semejantes con harta frecuencia, sin embargo, se leía en su semblante una viva emoción. Había penetrado en la casa atravesando por entre una doble valla de menesterosos, llorando todos, de quienes Elvira, mientras vivió había sido la Providencia.

Se acercó a Marcelino y procedió a examinarlo.

CAPITULO DECIMO OCTAVO.

DE RETORNO.

Una vez más el vapor «Monterrey» de la línea Ward, había salido de Tampico en viaje regular hacia la Habana, pasando por Veracruz y Progreso.

Como el tiempo era magnífico y la mañana esplendente, los pasajeros habían madrugado casi todos y se hallaban sobre cubierta abstraídos en la contemplación del es-

pectáculo, siempre nuevo, de la salida del sol en el mar, de donde, entre ligera bruma, iba levantándose como una esfera de hierro candente, suspendida sobre una explanada de oro líquido.

Las aguas permanecían tranquilas y apacibles sin que una ráfaga de viento les arrancase el más leve rumor.

Los peces voladores, como parvadas de pajarillos, salían de las verdes ondas, surcaban unos segundos el espacio y volvían a sumergirse, causando la admiración de los pasajeros, sobre todo de las señoras a quienes encantaban estos pequeños y curiosos anfibios.

En aquellos momentos atravezaba el barco el golfo de México hacia su parte media; aquél golfo que tan raras veces veían los marinos manso y sumiso como esta vez; el mismo que tantos sustos y desazones le produjo durante su vida de pobladores del mar. Este día era una balsa de aceite el oceano y se dejaba admirar en todo su imponente y plácido aspecto.

La alegría de la vida sonreía a todos los que se hallaban sobre cubierta; los pasajeros se sentían felices, menos uno que no lo era, un pobre enagenado que venía con ellos desde Tampico y que en tres días que iban ya de navegación, apenas una vez se le había visto fuera de su camarote. Una dama de la benemérita Cruz Roja americana, prodigábale toda clase de cuidados con maternal solicitud. A ella se le había confiado el

paciente desde la salida del vapor.

La historia de su locura, interesante y conmovedora, había sido relatada por alguno de los compañeros de viaje y el alienado era visto, no con el horror con que se mira siempre a un loco, sino con una piadosa compasión por su infortunio.

En los dolores físicos de suma intensidad, la naturaleza por medio del síncope o del desmayo, libra a la pobre víctima de un sufrimiento extremado, produciéndole la misma insensibilidad que hubiere podido darle un anestésico cualquiera de la cirugía.

En los dolores morales acude de igual modo a libertar del excesivo dolor al paciente, proporcionándole también un anestésico; la locura.

Marcelino había sido objeto de esta delicadeza del destino: cuando recobró el uso de los sentidos, después del síncope que le produjera la vista del cuerpo inanimado de su Elvira, había perdido la razón.

Y conforme los deseos ya manifestados antes por él, de regresar a la Habana, a la casa de los señores Martín y Cía. el jefe de la negociación donde estaba empleado, arregló las cosas de manera que en el vapor siguiente a la fecha de los tristes sucesos narrados en el capítulo anterior, pudo embarcar al enfermo, con amplias recomendaciones al capitán y además al cuidado de una dama de la Cruz Roja americana, que por incidente volvía a los Estados Unidos y aceptó gustosa el encargo que se le encomenda-

ra. El patrón además halló muy cómodo el desembarazarse cuanto antes de un dependiente que se había inutilizado.

Regresaba pues Marcelino a la Habana en calidad de desecho, de despojo arrojado a la playa del olvido por el oleaje de la lucha por la vida, que en todas partes del planeta sostiene la mísera humanidad.

Ni siquiera la piedad que la naturaleza mostrara al quitarle la razón para ahorrarle sufrimientos había sido completa. Por un fenómeno inexplicable para la ciencia, debido sin duda a su admirable constitución orgánica, su locura no era completa, y recobrabá el dominio absoluto de sus facultades en determinados momentos.

Entonces era cuando se sentía víctima del suplicio a que su desgracia lo sometía; y en la lucidez momentánea de su razón apuraba hasta las heces el amargo cáliz de su desventura.

Elvira, la visión de un momento, reaparecía a su vista con todos los radiantes atractivos que tuvo en vida. La veía de tal manera real y tangiblemente, que a pesar de su lucidez, pretendía hablarla, seguirla, estrecharla en su brazos, morir con ella. Y sin embargo, no tenía valor mientras permanecía en el uso de sus facultades, para atentar contra su existencia. En seguida sobrevinía una crisis cuando las fuerzas para resistir tales tormentos le abandonaban, y volvía a quedar loco.

Aconteció al fin que una noche, poco

antes de llegar a la Habana, casi a la vista del puerto, Marcelino, en un largo intervalo de lucidez paseaba por la cubierta del barco, seguido siempre por la incansable observación de la dama de la Cruz Roja, cuando ésta pudo oír distintamente que exclamaba: «espera, Elvira mía allá voy.»

Y acto seguido montó en la barandilla de hierro del barco y echó el cuerpo hacia afuera para tirarse al agua.

Un grito de espanto se escapó de los labios de la dama y a éste, acudieron los marinos, quienes ayudando a la angustiada señora, evitaron un suicidio a todas luces seguro. En efecto, Marcelino se balanceaba ya en el aire, con los pies apenas enredados en la barandilla, cuando un robusto marino le asió, a la vez que exclamaba con la rudeza propia de la gente de mar: ¡Cuidado con bañarse a esta hora buen amigo, que el agua está fría y los tiburones no están de buen humor.

Poco después el barco se acercaba a la hermosa bahía de la Habana.

CAPITULO DECIMO NOVENO.

REGRESO A LA VIDA REAL.

La casa de los señores Martín y Compañía es una de las más antiguas en la Habana, a lo menos, lo era en los días en que se